

Dos mitos clásicos

A lo largo del Ochocientos se producen cambios notables en la sociedad europea, un fuerte auge de los nacionalismos que vendría acompañado de guerras y de desplazamientos. La agricultura pierde terreno frente al comercio y a la industria, creciendo las ciudades en detrimento del campo. Los científicos se obsesionan entonces por medir las novedades, ya sea en el imperio, en la ciudad, en las instituciones o en el individuo¹. Muchos de los campesinos se convierten en proletarios, mientras la nobleza languidece y la burguesía se acostumbra al poder político y a llenar sus arcas. La miseria de los primeros, la decadencia de los segundos y la codicia de los últimos van a marcar el siglo. Hacia su mitad, dos amplios marcos de interpretación de todo este proceso impresionante confluirán, con amplia repercusión social, cultural y científica. El viejo Buffon había dejado su teoría de la degeneración como herencia, dedicada a las capas sociales en declive; mas, por su lado, el joven Darwin lanzará pronto su teoría de la evolución, sintiendo que la lucha por la vida permitirá el progreso de los seres más fuertes. ¿Hay que pensar aún que están detrás de estas teorías la decadente nobleza y la pujante burguesía, así como la fisiocracia y el librecambismo, la creciente ambición de riquezas de la tierra y el poder omnipotente del capital? En cualquier caso, ambas posturas –la degeneración y la evolución– influirán mucho en la teoría del genio, señalando dos líneas de análisis que se mantienen paralelas más que opuestas. La una intentará ocuparse con detalle de las taras orgánicas de los seres degradados, mientras la otra procura analizar más los comportamientos (intelectivos o sociales) de los dominadores; pero ambas comparten métodos, y en tanto la primera trata de hallar sus verificaciones en las anomalías, la segunda lo hará en las actitudes. Se desea mejorar, en uno y otro caso, las descripciones con que se contaba, sustituyéndolas por análisis cuantitativos que permitan dar fuerza y confianza a esas definiciones, y clasificaciones, que buscan dividir, marginar e incluso eliminar².

Los científicos franceses fueron pioneros en la teorización acerca de las patologías inherentes a la personalidad del genio permanentemente fieles a la herencia de Montaigne, de Rousseau y de Tissot. Si ya el primero cree revivir en sí las experiencias de los diábolos socráticos, artistas y médicos coincidirán ahora en emplear ideas semejantes y en desear buscar en lo más hondo del alma creadora. Fue temprana la aparición del libro de L. F. Lélut, *Du démon Socrate*, en que de nuevo

¹ *Statuts de la Société Française de Statistique Universelle*, París, Imprimerie de Lachevardiere, 1830; E. ARQUIOLA, «Paul Broca y la antropología positivista francesa», *Asclepio*, 28, 1976, pp. 51-92.

² S. J. GOULD, *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Bosch, 1984; J. L. PESET, *Ciencia y marginación*, Barcelona, Crítica, 1983.

señala la posibilidad de la coexistencia, en hombres considerados geniales –como es el caso del filósofo griego–, de alucinaciones que alternan con períodos de lucidez. Esta coincidencia de estados de salud y enfermedad –aparte de su uso en medicina clínica y forense, salvando la neta separación anterior entre cordura y enfermedad mental– permitía centrarse en el nexo entre creatividad y enfermedad mental. En *La psychologie morbide* de J. J. Moreau de Tours, de 1859, se recupera el tema y, con apoyo en Broussais³, se aporta la teoría de la neurosis del genio, señalando como causa de su personalidad, para bien y para mal, la irritación. Claro antecedente de Lombroso, daba entrada este texto tanto al papel de la enfermedad y de la herencia como al de los estímulos externos, ya sean conductas como la sexual, o bien intoxicaciones, como las diversas drogas. No hay que olvidar que en 1856 se había reeditado *Confessions of an English Opium-Eater* de Thomas de Quincey (1822) en donde el británico indicaba los estupefacientes como vía para el conocimiento del alma humana⁴. Empieza así con el francés la construcción de una genealogía de la anormalidad, pues esos fenómenos sugerían la existencia de una amplia familia –como ya vio el filósofo Kant– en cuya base estarían los débiles de espíritu y en su cima las fuertes individualidades. Las alteraciones de la mente o la conducta que se producen en los seres destacados por su excentricidad, por su afectividad o por su inteligencia, poseen las mismas raíces orgánicas que las de los idiotas o los locos. En la base de la genialidad está la sobreexcitación de los centros nerviosos, que además contaría con una predisposición hereditaria. Los nuevos estudiosos franceses de la teoría de la herencia apoyan este soporte.

Desde el mundo clásico se pensaba en que la humanidad declinaba, y ya en la *Ilíada* se afirma que los antiguos eran capaces de mayores proezas que los coetáneos. Pues bien, Buffon acepta esta «degeneración» de los animales y de los hombres, que puede aplicar tanto a las bestias domésticas como a los indios americanos⁵. El concepto nuevo del noble naturalista interesa al médico fisiólogo Flourens, quien conoce bien el lamarckismo y puede prever el darwinismo. Acepta esa decadencia por razones como el clima, el alimento o la domesticidad, preocupándole «esa degeneración más antigua y de tiempo inmemorial, que parece formarse en cada familia o, si se quiere, en cada uno de los géneros en los que se pueden incluir las especies vecinas y poco diferentes entre ellas»⁶ (escribe en *Buffon*, 1844). Retomando estas ideas, los médicos preocupados por las alteraciones intelectuales y somáticas de la población, buscan con pasión los «estigmas» de esa

³ J. L. PESET, *Las heridas de la ciencia*, pp. 172-174.

⁴ Th. de QUINCEY, *Confessions of an English Opium-Eater*, Londres, Penguin, 1997.

⁵ J. ROGER, *Buffon*, París, Fayard, 1989, pp. 392-401; Amor CHERNI, «Dégénération et dépravation: Rousseau chez Buffon», en Jean GAYON y otros (eds.), *Buffon* 88, París - Lyon, Vrin - Institut d'Études Philosophiques, 1992, pp. 143- 154; J. L. PESET, *Ciencia y libertad*, Madrid, CSIC, 1987.

⁶ P. FLOURENS, *Buffon*, París, 1844, pp. 87-88.

decadencia social o familiar. Las consideran debidas a muy diversas causas, tales como la herencia, el temperamento, el medio social, la enfermedad congénita o adquirida, la intoxicación y la culpa moral. Describen anomalías somáticas de toda clase, que terminan por «la imposibilidad de reproducirse, pero además por las aberraciones más extrañas en el ejercicio de las facultades intelectuales y los sentimientos morales»⁷. Más tarde, en 1860, también Morel, impulsor de una nueva escuela, en su *Traité des maladies mentales*, admitirá el origen degenerativo de las enfermedades del hombre de genio. Los caracteres de genialidad podrían encontrarse en todas las afecciones degenerativas de la locura; todos aquellos rasgos de talento que se encuentran entre los más privilegiados de los enfermos mentales degenerados, se encuentran también entre los más miserables. Seres superiores e inferiores se reúnen, de esta manera, en una misma familia. El médico católico, el médico político debe ponerse a la cabeza de la redención del hombre, de ese pobre ángel caído por causa de su mancha original. El diablo se encuentra una vez más en la enfermedad, pero también en la genialidad⁸.

Cuando, a fines de siglo, la escuela degeneracionista llegue a sus últimas y extremas conclusiones, los genios serán incluidos en una amplia lista de anomalías mentales, dada esa continuidad entre muchas afecciones. En 1895 Magnan y Legrain, en su libro *Les dégénéérés*, insertan sin titubeo entre los degenerados a los hombres de genio, en paralelo ya con la escuela italiana de Cesare Lombroso. Son considerados, así pues, degenerados superiores, con sus facultades más complejas dotadas de un amplio desarrollo, pero que siendo desigual les hace sufrir disfunciones, tales como concentración excesiva, la mala distribución de la vida cotidiana, la falta de altruismo y el desinterés por la propia familia. Los pensamientos exquisitos llevan a consecuencias contradictorias, las ideas trascendentes a nimias preocupaciones, las creencias morales preciosas hacia actos inicuos. Rousseau con sus desequilibrios entre pensamientos, intenciones y actitudes, pesaría directamente en estos escritos⁹. (En este sentido hay que entender el papel que Werner Ross —uno de los últimos biógrafos de Friedrich Nietzsche— hace representar a la hermana Elisabeth —y también a la madre— en lograr para el filósofo un ambiente tradicional, tranquilo y familiar).

Pero junto al mito de la arcadia perdida —o sea, el paraíso— se encuentra también el de Hércules, el de esos personajes que con sus difíciles pruebas, para alcanzar el perdón a través del castigo, consiguen su progreso. El hijo de Zeus muestra en sus largos viajes su carácter de heredero —es decir, «señalado»— de los dioses.

⁷ B. A. MOREL, *Traité des dégénérescences*, París, J. B. Baillière, 1857, p. 62.

⁸ J. L. PESET, R. HUERTAS, «Del 'ángel caído' al enfermo mental», *Asclepio*, 38, 1986, pp. 215-240.

⁹ R. HUERTAS, *Locura y degeneración*, Madrid, CSIC, 1987, pp. 143-173; MILTON GOLD, «The early psychiatrists on degeneracy and genius», *Psychoanalysis and the Psychoanalytic Review*, 47, 1960-1961, pp. 37-55; D. PICK, *Faces of degeneration*, Cambridge, Cambridge University, 1989.

En su figura se cuentan los símbolos del asesino del maestro, así como de los propios hijos, y también los del orgulloso héroe enfrentado con Hera para recuperar el poder perdido. En este sentido se orienta la segunda gran teoría ochocentista a que me refería antes, el evolucionismo portador de la posibilidad de la mejora de la especie humana, en especial de sus elementos considerados superiores.

Al frente de esta otra escuela se encuentra Francis Galton, cuyos estudios abarcaron desde las formulaciones darwinianas hasta las de la criminalística lombrosiana; poseía conocimientos médicos, tomando sus ideas de la geografía, la antropología, la biología, la etnología y la estadística. Su visión del hombre de genio, al que consideraba dotado de elevadas cualidades, es optimista, si bien admite por experiencia propia su «constitución neurótica». En sus estudios universitarios en Cambridge se admira de la capacidad de competición –intelectual y física– que poseen sus compañeros, deduciendo que la vida consiste en una serie de pruebas –en cierto modo, exámenes– en las que van cayendo, tal y como su primo Charles opinaba, los más débiles. El también sufrió enfermedades, se sometió con diverso resultado a pruebas y, al fin, formuló sus teorías, que tendían a respaldar una nueva clase de *gentlemen* como apoyo del imperio británico. Fue intrépido viajero, duro estudioso, creador de instituciones y políticas eugénicas, siendo su máximo orgullo ser nombrado en 1908 miembro honorario del Trinity College, lo que al fin compensaba su abandono del camino académico.

Para el conocimiento empírico de hombres de genio, Galton se ampara en los estudios de familias y parentescos que se desarrollaban paralelamente en el terreno de la psiquiatría y la criminalística. En 1865 inicia sus publicaciones en este campo con *Hereditary Talent and Character*, culminando sus contribuciones en él con su conocido libro *Hereditary Genius*, de 1869. Desde la antropología social intenta la tipificación de los seres humanos, hecha de forma cuantitativa, considerando que cada grupo posee una fuerte carga hereditaria y que, dentro de ellos, las dotaciones varían. Quería seleccionar para la reina Victoria –en el mismo sentido que Huarte había emprendido para su rey– a los mejor dotados de las clases superiores, para que uniéndose entre ellos evitasen la posible degeneración de las clases dirigentes del imperio, tal como Bernard Shaw también denunciaba. Los peor dotados, y los de clase inferior, deberían por el contrario evitar las uniones entre ellos. No se admiten tampoco matrimonios entre clases, a lo más los primeros de una con los últimos de la anterior. No creyendo en la educación, piensa que la nueva religión de la ciencia, expresada en políticas eugénicas, podría mejorar a los súbditos del imperio.

Muchos de los temas recorridos resuenan en sus páginas, en especial el miedo a la decadencia, a la siempre temida degeneración. Las clases altas inglesas están muy expuestas, pues se hallan todavía lejos de la cima de la civilización europea que Grecia supuso, afirmará –recordando su formación clásica o simplemente reproduciendo una opinión de sus contemporáneos–; las clases bajas son semejan-

tes a las despreciadas comunidades salvajes, si bien, de todas ellas, las británicas son superiores por su laboriosidad, obediencia y constancia. Se debe encontrar entre la más civilizada raza inglesa los grupos más dignos, de modo que sean tipificados y sostenidos. Pero teme con todo la decadencia, cuya causa deriva de hechos sociales, como la urbanización, o bien políticos, como la guerra de Crimea. No puede dejar, en fin, de recordar aquella larga tradición que señala la difícil descendencia en las clases superiores –y que también retoman Spencer y Lombroso– como otro motivo esencial. Conocedor de los teóricos franceses de la herencia, considera dentro de ella la degeneración, la cual hay que evitar a toda costa merced a una adecuada política de matrimonios. Pero también opina que se transmite la inteligencia, a través del cerebro, por lo que está seguro de la capacidad de los hombres superiores para imponerse sobre la educación o sobre las circunstancias adversas. Los exámenes en Cambridge o las familias de ilustres hombres o fuertes deportistas, le sirven de prueba.

Su aportación consiste en dotar de pasado a las familias superiores y de una política social para asegurarles el futuro, en función de unas leyes de la herencia y unas alianzas que servirán para imponer el dominio imperial sobre el mundo. No olvida tener en cuenta, y advertir, sobre el descenso de recursos, las diferencias sociales, el fracaso de los débiles y el triunfo en la lucha de los fuertes. Cimentado en el pesimismo de Malthus y en el optimismo de Darwin, Galton quiere construir un orden social –paralelo al natural– en el que se buscan «leyes científicas» inmutables para prever el futuro humano. La biología y la eugenesia sustituyen a la astronomía y la astrología. Tanto como la lucha por la existencia, influye en él la teoría de la «pangénesis» de Darwin, con la que explica la sociedad y su movilidad, formada por individuos semejantes a células, tal y como mostrara Spencer. La fuerza interna y la búsqueda de estímulos aseguran el triunfo de los mejor dotados. (No es extraña la afirmación de Parson de que Nietzsche habría leído a Galton y el estudio de sus lecturas así lo confirma)¹⁰. Sus seguidores aceptarán la creencia firme en la determinación genética de la conducta; y así, la suprema civilización que dominará el mundo, es consecuencia de la inteligencia alta, cuyos factores deben ser estudiados. Galton afirmaba al terminar sus teorizaciones: «Esto conduce a la conclusión de que toda vida es simple en su esencia, pero variada, siempre variando, e interactiva en sus manifestaciones, y que el hombre y todos los otros animales vivos son trabajadores y participantes activos en un más ampliamente extendido sistema de acción cósmica de lo que alguno de nosotros

¹⁰ R. ÁLVAREZ PELÁEZ, *Sir Francis Galton, padre de la eugenesia*, Madrid, CSIC, 1985; Francis GALTON, *Herencia y eugenesia*, Madrid, Alianza, 1988, introd y trad. de R. Álvarez; Thomas H. BROBJER, «Nietzsche's Reading and Private Library, 1885-1889», *Journal of the History of Ideas*, 58-4, octubre 1997, pp. 663-693; Lesley CHAMBERLAIN, *Nietzsche en Turín*, Barcelona, Gedisa, 1988, pp. 144-145 y 189, trad. Alberto Luis Bixio.

¹¹ F. GALTON, *Hereditary Genius*, Londres, Julian Friedmann, 1979, p. 376, «Introduction» de H. J. Eysenck.

[...], puede posiblemente comprender»¹¹.

Su herencia se resume en la continuidad de los seres, así como entre la salud y las anomalías, teorías que se apoyan en la pangenesia, la lucha por la vida, la marginación y la desaparición de los débiles, y en el triunfo de los fuertes por selección natural. Sus sucesores continuarán el estudio de los factores de inteligencia, insistiendo también en ésta como base de relación con otros seres y con el mundo. Así el modelo propuesto por Hans Eysenck comienza en el DNA y la herencia, prosigue con el hipocampo y la estructura cerebral, que lleva a la función del cerebro y a una nueva dimensión de la personalidad que, si no deriva a enfermedades, es la base de la creatividad. Ese planteamiento –que estima original– puede ser así definido: «El más importante aspecto de esta reinterpretación, es la postulación de una dimensión fundamental de la personalidad, es decir ‘psicótica’, que es una variable o rasgo disposicional que predispone a las personas a desórdenes psicóticos funcionales de todos los tipos». En esos desórdenes están los orígenes de las anomalías y de los logros de los hombres superiores, que son propuestos, en resumidas cuentas, como la causa de ese poder morboso de creatividad y genialidad¹².

Esos dos mitos clásicos darían origen a dos corrientes de pensamiento, la continental, apoyada en el pesimismo y la degeneración, más católica y nobiliaria, y la insular, protestante y burguesa, que defiende el triunfo de los fuertes y el progreso. Otras naciones nuevas, acaso con afán de aspirar a hegemonías diversas, aparecían entonces en el mundo.

¹² Hans EYSENCK, *Genius*, Cambridge University Press, 1995, pp. 203 y 280.

* Este fragmento está extraído del capítulo 6, «Médicos y artistas», de su recién aparecido *Genio y desorden*, por gentileza del autor y de Cuatro. ediciones, Valladolid, 1999 (© José Luis Peset). El libro es un ensayo de interpretación cultural de gran envergadura donde –desde Huarte de San Juan y Montaigne hasta Nietzsche y Thomas Mann–, Peset encadena con maestría una serie de cuadros históricos para mostrar cómo estos y otros personajes modernos se perciben a sí mismos en su condición de creadores, ofreciendo, pues, una secuencia de *imágenes de su autopercepción intelectual* articulada en la cultura moderna, española y europea. Véase la reseña en la sección de libros.